

Eventos y publicaciones

Reseñas

Teoría General del Amor

Ana Lilia Banda Castro¹

¹ PhD en ciencias sociales, maestría en metodología de la ciencia y licenciatura en psicología. Departamento de Psicología y Ciencias de la Comunicación de la Universidad de Sonora

Lewis, T., Amini, F. y Lannon, R. Teoría General del Amor. California: RBA LIBROS; 2000. 320 p. ISBN 9788479017569

De acuerdo con Sen la calidad de vida debe evaluarse en términos de la capacidad de un individuo para lograr funcionamientos valiosos. La cuantía o valor de estos funcionamientos es subjetiva, pero los mismos comprenden desde la capacidad que tiene el individuo para nutrirse, para proveerse un lugar donde vivir hasta aquellos que le permiten adquirir “valores” o simplemente participar en la vida individual o de la comunidad. Precisamente del funcionamiento del ser humano en interacción con sus congéneres los autores desarrollan una explicación funcionalista y química de cómo reacciona el cerebro, qué necesidades tiene que cubrir el ser humano para sobrevivir. Al final se llegará a una conclusión limitadamente innovadora, pero que a los seres humanos nos cuesta trabajo poner en práctica de una forma sistemática, al margen de cualquier vivencia ya sea contaminada por la convivencia con nuestra propia especie o atribuible a aspectos ontogenéticos [1].

En este libro resulta notable el interés de Lewis, Amini y Lannon al proporcionarnos argumentos de la función que realiza el cerebro para que el individuo demuestre ciertas capacidades, actividades y comportamientos [2]. Desde el punto de vista fisiológico entiendo que el comportamiento de cuidado de los mamíferos ya sean crías o hijos (en el caso de animales o seres humanos) que preponderantemente son de supervivencia, también pueden ser definidos o considerados indicadores de amor hacia la prole. Especialmente, se pone énfasis en la intervención de la región del cerebro límbico, para ser la reguladora de las vivencias emocionales de los mamíferos, de acuerdo con lo reportado por Lewis y otros la carencia de apego y el contacto emocional son las responsables de la muerte prematura de mamíferos de orden animal o humano [2].

Desde el punto de vista químico parece preocupante la frase especificada por Lewis y otros en donde señala: “que toda sustancia que bloquee los neurotransmisores

puede manipular algún aspecto de la mente, la visión, la memoria, el pensamiento, el dolor, la conciencia y hasta el amor”. La potencialidad de manipulación se vislumbra severa, aunque la experiencia ha demostrado que muchas sustancias han ayudado al ser humano con diversidad de padecimientos y han contribuido a que el mismo se pueda restablecer y superar gran cantidad de problemas, haciéndolo funcional dentro de su entorno [2].

Esta potencialidad del ser humano, de manipularse a sí mismo se asocia con un programa visto en la televisión, en donde se habló de las drogas auditivas y los efectos que tienen los sonidos para manipular el cerebro y las funciones físicas y psicológicas como las sensaciones, alucinaciones y pensamientos por citar algunos ejemplos. Considerando la veracidad de esta premisa se tiene la oportunidad de memorar la leyenda del flautista de Hamelín de los Hermanos Grimm, y se piensa que la acción cometida por dicho personaje, tal vez ya no pertenece a la fantasía. Posiblemente las notas emitidas por una flauta (en sentido figurado) no sólo son capaces de reunir a un grupo de roedores, también pueden inducir a grupos de seres humanos a la vivencia de sensaciones o pensamientos colectivos que implican la enajenación y la ejecución de acciones más allá de la voluntad de los que los escuchan. En la actualidad, la historia inocua ideada para divertir y maravillar a los niños, se antoja con esto, de lo más verosímil. Lo anterior sugiere la potencialidad de los seres humanos para anular la voluntad de los que escuchan ciertas frecuencias y sean incitados a realizar comportamientos no voluntarios y probablemente no deseables para los mismos ejecutantes. En este caso como en muchos otros, el verdadero problema se encuentra en el abuso y/o mal uso que se realiza del conocimiento científico.

Cabe señalar que Lewis y otros sostienen planteamientos aventurados en relación a la autosuficiencia y autonomía del ser humano, como el siguiente: “la

autosuficiencia total resulta ser una fantasía cuya burbuja hace estallar el afilado borde del cerebro límbico. La estabilidad significa encontrar personas que te regulen bien y permanecer a su lado” [2]. Considero que esto es aplicable para los menores de edad antes de la adolescencia, algunas personas con capacidades diferentes y para algunos adultos postraumatizados, durante cierto tiempo.

En virtud de que los menores de edad no son autosuficientes y de alguna forma requieren de que se les regule y se les enseñe a autorregularse, incluso puede que el ser humano no alcance la autosuficiencia total hasta que puede sostenerse económicamente, siempre y cuando pueda funcionar dentro del entorno por sus propios medios. Posteriormente la posibilidad que tiene el ser humano de ser autónomo, autosuficiente y estable se la concede su propia inteligencia, la capacidad para adaptarse a condiciones estresantes o no favorables y a pesar de ciertas discapacidades. Quizás ante un exceso de vivencias en condiciones desfavorables es cuando la persona puede requerir un apoyo emocional proveniente de los seres queridos o de los humanos en general, incluso el apoyo social por parte de seres humanos no cercanos funcionará metafóricamente como una muleta, con la cual el individuo vulnerable puede obtener cobijo, sin embargo, aun cuando haya la más completa carencia de sostén social, aún le queda al ser humano el remanso de paz que puede brindar la creencia religiosa o espiritual, cuya tutela científicamente ha registrado que las personas con las mayores tribulaciones o carencias han logrado sobrevivir, adaptarse, rehacerse y sobreponerse a las mismas [3-6].

Hablar de la regulación límbica del cerebro, como la responsable de la marginación que el ser humano hace de sí mismo, la convierte en la materialización de un verdugo verdadero, superlativo y cruel dispuesto a propinar castigo inimaginable para los seres humanos [2]. Ante esto surge el cuestionamiento sobre la razón, de vernos expuestos a la regulación límbica, ya que la misma nos convierte en una especie capaz de discriminar, segregar y someter a tan cruel castigo no solo a personas, sino a pequeños que todavía son más vulnerables y proclives a demandar la inclusión en cualquier núcleo familiar o comunitario. Como solución se plantea la necesidad de que los padres atendamos a las necesidades límbicas para no arriesgarnos a crear individuos vulnerables a no soportar las situaciones que representan pérdida y rechazo [2, 7-9].

Adicionalmente Lewis y otros se refieren a los atractores neurales, límbicos o emocionales que a mi juicio se asemejan a lo planteado por la teoría Gestalt de completamiento de la percepción. En este caso el mundo de la percepción de cada individuo es susceptible de conformar un mundo con tantas realidades como individuos se encuentren implicados [2].

De igual manera parece fascinante que los mismos atractores puedan explicar que se suscite la transferencia

psicoanalítica, lo cual dejado al margen también lo podemos experimentar en la vida cotidiana. Ya que a veces respondemos emocionalmente a otras personas como si fueran figuras del pasado, permitiéndonos sentir un exacerbado sentimiento positivo o negativo hacia personas que ni nosotros mismos nos explicamos porque las aceptamos tanto, o por el contrario no tenemos motivos para odiarlas y lo hacemos.

Al mismo tiempo estos atractores parecen ser los responsables de la falta de flexibilidad de las personas para asimilar nuevos conocimientos, cambiar patrones de comportamiento o de análisis y hasta de adoptar novedosas maneras de pensar. Resulta difícil aceptar contundentemente que los seres humanos tengamos que resignarnos a que los atractores superarán nuestra capacidad para tomar decisiones y tener libre albedrío. Asimismo es factible reconocer que existen individuos que por más avanzados en edad que se encuentren, cuentan con una lucidez, capacidad creativa e innovadora que podría ser envidiable para cualquiera. Se ha podido constatar que el ser humano puede cambiar, puede derrocar el trabajo de estos atractores implacables y ser resiliente a situaciones insospechadas [3, 10].

En el acápite donde se cita a los atractores, también se incluye una frase: “quiénes somos y en quiénes nos convertiremos depende, en parte de a quienes amamos” Con esta frase se concede la importancia debida a la influencia que el medio ambiente ejerce sobre los individuos y en especial, llama la atención que el libro siendo escrito por psiquiatras que no se resisten a tratar de proporcionar una explicación funcionalista al comportamiento humano, también ponen de relieve el papel de las interacciones entre individuos [8,11]

Lewis y otros señalan que la psicoterapia es un acto de fe en el cual un paciente o usuario presenta una problemática en su vida, una serie de desajustes o tristezas que indudablemente pretende aniquilar. A cambio de esto el psicoterapeuta podría hacer una transmutación o mejor dicho una metamorfosis para que los atractores límbicos antiguos se modifiquen [2]. A esto se le denomina adquirir nuevos patrones de comportamiento y enfrentar la vida cotidiana con diferentes paradigmas dentro de un proceso dialéctico en el que inevitablemente se ve inmerso el individuo.

En este libro se incluyen algunos comportamientos que son deseables por parte de los terapeutas lo cual rompe definitivamente con el antiguo paradigma de la actitud que debe tener un terapeuta frente a su paciente. Estos comportamientos son:

- El terapeuta deseablemente debe establecer un conducto límbico para influir a su paciente, el terapeuta deseablemente debe abrirse a los atractores emocionales de su paciente lo cual hace pensar que la empatía hacia nuestro usuario debe ser maximizada.

Eventos y publicaciones

- El terapeuta debe evitar dejarse arrastrar por atractores extraños que no sean los de su paciente o usuario
- El terapeuta competente debe ser receptivo y dispuesto a entrar en el universo personal del paciente, aun cuando pueda ser inimaginable su funcionamiento
- El terapeuta debe mantener el sentido de su cerebro límbico, en concordancia con el cerebro límbico de su paciente, con el fin de dejar de inferir para poner en práctica su propia resonancia límbica con los atractores del paciente lo que lo conducirá a captar la esencia del mismo
- El terapeuta debe mantener la capacidad infantil para maravillarse, mostrando disposición para descubrir cualquier cosa en cualquier mente, árbol u objeto
- Un terapeuta sensible debe compartir las convicciones emocionales de su paciente aun cuando sean elementos erróneos. Con esto se abocará a contrarrestarlos paso a paso y a indicarle al paciente la forma de afrontar dichos elementos erróneos
- El terapeuta debe vigilar que la fuerza de sus propios atractores mantenga el poder y la resistencia de su propio mundo emocional, con lo cual mantiene su propia identidad y su posición y al unísono puede ayudar a su paciente

Se recomienda que un terapeuta tenga su casa emocional en orden y Lewis y otros refieren la posibilidad de que los pacientes hayan llegado para quedarse en la misma y que tengan que vivir el resto de su vida allí mismo. Este aspecto se considera riesgoso y digno de ser contemplado con cuidado. Porque cada terapeuta merece la oportunidad de mantener su propia individualidad e identidad. Asimismo tiene el derecho de no compartir su espacio con tantos pacientes como azarosamente haya ayudado y vivir su propia vida [2].

La inclusión de esta especie de código comportamental obedece a que representan una forma diferente de abordar la psicoterapia, especialmente, porque se concuerda con los autores en el acartonamiento que las antiguas metodologías terapéuticas obligaban al terapeuta a mantener distancia emocional y física frente a los pacientes o usuarios.

Finalmente cabe señalar que se han identificado diversidad de factores que tienden a influenciar o afectar el comportamiento, se coincide plenamente en que dichos factores deben ser contemplados puntualmente al momento de excluir o incluir razones para que las conductas de los individuos se manifiesten de una u otra forma. Certamente se coincide que los seres humanos desatendemos los aspectos emocionales y el amor que primordialmente nos debemos por ser congéneres. Esto queda patente cuando a diario somos testigos de la hostilidad, la indiferencia y el egoísmo con que nos tratamos unos a otros. Con lo cual se integran redes

pese a la forma en que hemos ido evolucionando, aún quedemos algunas personas que seamos susceptibles de demostrarnos amor, aunque sea por breves momentos. Creo que son estos lapsos los que representa una fortaleza digna de cuidar, desarrollar y no dejar que desaparezca, específicamente por el futuro de nuestros descendientes y la potencial manera de interacción social que se vislumbra si no vigilamos el prodigarnos amor entre familiares y extraños.

Referencias

- 1 Sen, A. Capacidad y bienestar. En: Nussbaum M.C. y Sen A. editores. La calidad de vida. México: Fondo de Cultura Económica; 2000. Págs 54-83.
- 2 Lewis, T., Amini, F. y Lannon, R. (2001). Una teoría general del amor. 2ª edición. España: RBALIBROS; 2001. p. 318.
- 3 Biswas-Diener, R. y Diener, E.. Making the best of a bad situation: satisfaction in the slums of Calcuta. Soc Indic Res 2001; 55(3): 329-352.
- 4 Cyrulnik, B. El murmullo de los fantasmas. España: Gedisa; 2003. p. 251.
- 5 Greenfield, E., y Marks, N. Religious social identity as an explanatory factor for associations between more frequent formal religious participation and psychological well-being. Inter J Psychol Religion 2007; 17: 245-259.
- 6 Theis, A. La resiliencia en la literatura científica. En: Manciaux M. editor. La resiliencia: resistirse y rehacerse. España: Editorial Gedisa; 2003. Págs 45-59.
- 7 Ángel, E., Gaviria, P. y Restrepo, S. La conducta agresiva y su relación con la conducta antisocial. En: Silva A. editor. Conducta antisocial: un enfoque psicológico. México: Editorial Pax; 2003. Págs 101-148.
- 8 Barudy, J. El dolor invisible de la infancia. España: Paidós; 1998. p 305
- 9 Barudy, J. y Dantagnan, M. Los buenos tratos a la infancia. España: Gedisa; 2005. p. 254
- 10 Manciaux, M. La resiliencia: resistirse y rehacerse. España: Gedisa; 2003. p. 318.
- 11 Belsky, J. Child maltreatment: An ecological integration. Am Psychol 1980; 35: 320-335.